

Carta del Prelado (mayo 2014)

La Virgen nos traza el camino más corto y más seguro para acogernos siempre a la misericordia de Dios: don Álvaro meditaba con frecuencia esta realidad, que ahora propone el Prelado del Opus Dei en su carta del mes de mayo.

05/05/2014

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

En el ambiente de gran alegría, propio del tiempo pascual, ha tenido lugar la canonización de Juan XXIII y de Juan Pablo II. Este acontecimiento, que ha adquirido mucho relieve en la vida de innumerables cristianos, nos habla de fidelidad y nos impulsa a retornar una vez y otra, con el recuerdo y con la oración, a las raíces de nuestra vocación cristiana.

Comentando el evangelio de la Vigilia pascual, el Papa recordaba que en Galilea llamó el Señor a los primeros discípulos; por eso, la invitación del Resucitado a *volver a Galilea*, donde podrían verle y estar con Él, era una invitación a **volver allí, volver al lugar de la primera llamada**. Y concretaba el Santo Padre: **también para cada uno de nosotros hay una "Galilea" en el comienzo del camino con Jesús. "Ir a Galilea" tiene un significado bonito; significa para nosotros redescubrir**

nuestro bautismo como fuente viva, sacar energías nuevas de la raíz de nuestra fe y de nuestra experiencia cristiana. Volver a Galilea significa, sobre todo, volver allí, a ese punto incandescente en el que la gracia de Dios me tocó al comienzo del camino. Con esta chispa puedo encender el fuego para el hoy, para cada día, y llevar calor y luz a mis hermanos y hermanas [1].

Estas palabras nos vienen como anillo al dedo al comenzar el mes de mayo, en el que el afán apostólico cobra nuevo impulso por intercesión de la Santísima Virgen. Así nos alentó a aprovecharlo san Josemaría, especialmente desde que en 1935 comenzó la costumbre de la romería de mayo. Muchos de vosotros conocéis –incluso lo habréis experimentado personalmente– la usanza de bastantes cristianos que, a lo largo de este mes, tratan de llevar

flores a la Virgen: *esas flores pequeñas de nuestros propósitos, esas violetas humildes y escondidas que recogemos durante la jornada*[2].

Es la enseñanza que nuestro Padre nos transmitió constantemente. Desde muy antiguo nos aseguraba que *se puede comparar nuestra vida, siendo nosotros hombres duros y fuertes, a la de un niño pequeño –lo habréis visto tantas veces– a quien llevan de paseo por el campo, y recoge una florecilla, y otra, y otra. Flores pequeñas y humildes, que pasan inadvertidas a los grandes, pero que él –como es niño– ve, y las reúne hasta formar un ramillete, para ofrecerlo a su madre, que le mira con mirada de amor*[3].

San Josemaría, que nunca quiso ponerse como modelo de nada, admitía una sola excepción: *si en*

algo quiero que me imitéis, es en el amor que tengo a la Virgen[4]. Con piedad y confianza de hijo, se dirigía cada día a Nuestra Señora con las oraciones que aprendió de pequeño: *frases ardientes y sencillas, enderezadas a Dios y a su Madre, que es Madre nuestra. Todavía, por las mañanas y por las tardes, no un día, habitualmente, renuevo aquel ofrecimiento que me enseñaron mis padres: ¡oh Señora mía, oh Madre mía!, yo me ofrezco enteramente a Vos. Y, en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón... ¿No es esto –de alguna manera– un principio de contemplación, demostración evidente de confiado abandono?* [5].

También don Álvaro aprendió de sus padres, como en tantos hogares cristianos, a tratar a la Virgen con cariño filial. Cada día recitaba

devotamente una oración aprendida de su madre : *Dulce Madre, no te alejes, / tu vista de mí no apartes, / ven conmigo a todas partes / y solo nunca me dejes. / Ya que me proteges tanto / como verdadera Madre, / haz que me bendiga el Padre, / el Hijo y el Espíritu Santo.* En su aparente sencillez, esta oración tan conocida por el pueblo mexicano encierra un contenido profundo: Nuestra Señora, como intercesora ante la Trinidad Santísima, es camino seguro que siempre conduce a Dios.

¡Qué gran labor llevan a cabo las madres y los padres cristianos, los abuelos y las abuelas, cuando transmiten a sus hijos o a sus nietos las oraciones de la mañana y de la noche! Esas plegarias no se olvidan, aunque pasen los años. Más aún, cuando –con el correr de la vida– a veces parecen apagarse las manifestaciones del sentido cristiano, no es raro que la devoción

a la Virgen permanezca en el fondo del alma, como resollo bajo las cenizas, dispuesta a rebotar en momentos de necesidad espiritual, de tristeza o desaliento.

Don Álvaro cultivó la devoción mariana con gran hondura y firmeza teológica, gracias a la predicación y al ejemplo de san Josemaría. Al recordar su respuesta a la llamada divina al Opus Dei, durante unas horas de retiro espiritual, comentaba: «En ese retiro, el Padre dio una meditación sobre el amor a Dios y el amor a la Virgen, y me quedé hecho *fosfatina*»[6].

Inmediatamente pidió la admisión en la Obra. Fue, sin lugar a dudas, una gracia especialísima del Señor, otorgada por la intercesión de la Virgen, a la que don Álvaro correspondió con decisión inmediata y definitiva.

Todas las gracias nos llegan por la mediación materna de Santa María, *Omnipotencia suplicante*. Por eso, hemos de fomentar más íntimamente el diálogo con nuestra Madre en las próximas semanas y, lógicamente, en los otros meses del año. Así aumentará nuestra unión con Jesús y el espíritu apostólico. Aprovechemos este mes para cuidar más el rezo y la contemplación de los misterios del Rosario, tanto en la romería que hagamos como en los otros días. Así se hará «más profundo en nosotros –decía don Álvaro– el hábito de *ir y volver* a Jesús constantemente por María» [7].

En una de las consideraciones de *Camino*, san Josemaría recomienda este modo de comportarse. Don Álvaro, en los primeros años de su vida en el Opus Dei, le preguntó el significado de esa frase: "ir y volver" a Jesús por María. La respuesta de nuestro Fundador contribuyó a

afianzar aún más su piedad mariana. Él mismo rememoró con frecuencia ese episodio, y la explicación de nuestro Padre: que la Virgen nos traza el camino más corto y más seguro para acogernos siempre a la misericordia de Dios; sobre todo si, por desgracia, nos hemos separado de Él: no solamente con ofensas graves, sino también con pequeñas o no tan pequeñas indelicadezas que un cristiano pueda tener a lo largo de la jornada.

Estas reflexiones cobran especial relevancia durante las próximas semanas. Recordando la novena de san Josemaría a la Virgen de Guadalupe, don Álvaro concretaba: «*¿Qué flores llevaremos a nuestra Madre en este mes de mayo? Os transmito el consejo de nuestro Fundador, lo que siempre nos enseñó a practicar, cuando nos recomendaba ofrecer a la Virgen rosas pequeñas, las de la vida*

ordinaria, corrientes, pero llenas del perfume del sacrificio y del amor. Trataremos, pues, de poner más empeño –más amor– en nuestros deberes de cada momento: en la fidelidad a los compromisos divinos que nos unen a Dios y a la Obra; en la preocupación santa por nuestros hermanos y por todas las almas; en el cumplimiento de las obligaciones propias del estado de cada uno; en la realización de un trabajo profesional exigente y ordenado» [8].

Como tantos hombres y mujeres cristianos, don Álvaro fue acrisolando a lo largo de su existencia los detalles de cariño a Nuestra Señora que aprendió de nuestro Padre: poner en la cartera de bolsillo o en el bolso una imagen de la Virgen; saludar a Nuestra Señora al entrar o salir de las habitaciones y al pasar por los lugares donde descubrimos sus imágenes; rezar con

pausa y devoción las tres avemariás, antes del descanso nocturno... Con ocasión de las bodas de oro de la fundación del Opus Dei, declaró 1978 como *año mariano* en la Obra; tiempo que luego se prolongó a 1979 y 1980, como preparación y agradecimiento por los cincuenta años del comienzo del apostolado con las mujeres. «No haremos nada raro ni clamoroso –explicó entonces–: vamos sencillamente, como buenos hijos, a meter más a la Virgen *en todo y para todo*»[9].

Durante aquel tiempo mariano, en muchas visitas a imágenes de la Virgen, en Roma y fuera de Roma, rezaba el Rosario pidiendo a nuestra Madre por la Iglesia y por el Papa, por la Obra, por todas las almas. Ese recurso a Nuestra Señora constituía una lección de fe en la intercesión de María; puedo asegurar, porque fui testigo ocular, que el modo de comportarse de este siervo bueno y

fiel, enamorado de Jesucristo y de su Madre, movía a dirigirse con gran confianza a la Virgen.

El amor es industrioso, busca modos de tener presente a la persona amada. Así procedía don Álvaro en su devoción mariana, de acuerdo con tantas sugerencias del fundador del Opus Dei. *A la hora de trabajar – enseñaba san Josemaría–, emplead industrias humanas, medios que os sirvan de despertadores de la presencia de Dios. Lo hago yo, y da buen resultado*[10]. Nos aconsejó poner en el bolsillo un pequeño crucifijo, para besarlo en algún momento de la jornada; colocar sobre la mesa de trabajo una imagen del Señor o de la Virgen . *De cuando en cuando lo miro –decía–, me acuerdo del Señor y le ofrezco todo. Es como si tuviera un retrato de mi padre o de mi madre al alcance de la mirada. Más, mucho más: porque es mi Padre, mi Dios,*

***mi Amigo y el Amor de mis amores*[11].**

Hasta el final de su caminar terreno, don Álvaro se sirvió de esas *industrias humanas*: recordatorios para afinar en sus manifestaciones de amor a la Virgen. Por ejemplo, en los años marianos a los que acabo de aludir, dejaba cada día una estampa distinta de la Madre de Dios en el lugar donde despachaba, para dirigirle más miradas de cariño y jaculatorias.

En aquellos años marianos, muchos fieles de la Obra incorporaron a sus vidas lo que nuestro Padre sugería, que don Álvaro vivía con piedad recia: el *santo y seña mariano*: unas breves palabras, a modo de jaculatoria, para mantener la presencia de Dios durante la jornada, con el auxilio de la Virgen.

En estas semanas, encontramos muchos motivos para honrar y

crecer en este aspecto tan cristiano. El día 13, la fiesta de Nuestra Señora de Fátima nos trae a la memoria sus cuidados maternales. Del 16 al 24 viene a nuestra mente la novena de san Josemaría a la *Villa de Guadalupe*, en México, para rezar por la Iglesia, por el Papa y por el Opus Dei. El 24 se celebra la memoria litúrgica de la Virgen *Auxilio de los cristianos*. Y el mes finaliza con la fiesta de la Visitación de Nuestra Señora a su prima santa Isabel, aparte de otras muchas advocaciones marianas que se celebran en los diferentes países.

Os sugiero nuevamente que releáis las homilías y otros escritos en los que nuestro Padre se refiere a Nuestra Señora: nos empujarán a rejuvenecer la piedad mariana, a incrementar el trato con María, y a mostrar a muchas personas esta senda segura que conduce a la intimidad con Jesucristo y, por Él, a

Dios Padre y al Espíritu Santo. ***Muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María. Nuestra Señora ha fomentado los deseos de búsqueda, ha activado maternalmente las inquietudes del alma, ha hecho aspirar a un cambio, a una vida nueva[12].***

«Llenaos, pues, de confianza y de seguridad en la intercesión maternal de la Virgen, y sed audaces en la invitación a muchas personas a honrar a la Señora con estas romerías. Les haréis un gran bien, porque al considerar los misterios del Santo Rosario, al rezar sin prisas, saboreándolas, esas oraciones vocales maravillosas que nos ha transmitido la Iglesia, al ofrecer con alegría alguna pequeña mortificación en honor de nuestra Madre, irán aprendiendo las lecciones de la disponibilidad más

absoluta en el servicio de Dios y de las almas que nos da la Esclava del Señor, la criatura más perfecta que ha salido de las manos de Dios» [13].

Antes de terminar, deseo renovaros la petición de que recéis por mis intenciones. En los próximos días, espero vuestra compañía en la oración por los treinta nuevos sacerdotes de la Prelatura, a los que ordenaré el 10 de mayo, en Roma. Y seguid encomendando –con el aliento y la protección de nuestra Madre– al Papa y a sus colaboradores en el gobierno de la Iglesia, a los obispos, a los sacerdotes y religiosos, a todo el pueblo cristiano. Que la luz de Cristo resucitado penetre en las mentes y en los corazones. Confiamos esta oración a la Virgen Santísima, y Ella nos conducirá a prepararnos para la solemnidad de Pentecostés. ¿Qué nos hemos propuesto para mejorar nuestra piedad mariana? ¿Qué

ofertas especiales le dedicaremos
cada jornada?

No me detengo en tantas otras fechas
de este mes, que nos revelan el papel
grandioso de Santa María en
nuestras vidas y en la historia de la
Obra.

Con todo cariño, os bendice
vuestra Padre
+ Javier

Roma, 1 de mayo de 2014.

[1] Papa Francisco, Homilía en la
Vigilia pascual, 19-IV-2014.

[2] San Josemaría, Notas de una
meditación, 19-III-1958.

[3] San Josemaría, *Carta 24-III-1930*,
n. 13.

[4] San Josemaría, Palabras en enero de 1954, al comienzo de un año mariano en la Iglesia universal.

[5] San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 296.

[6] Don Álvaro, Notas de una reunión familiar, 3-X-1975.

[7] Don Álvaro, Carta, 2-V-1985.

[8] Don Álvaro, Carta, 1-V-1984. La cita de san Josemaría corresponde a su oración personal en la *Villa de Guadalupe*, el 20 de mayo de 1970.

[9] Don Álvaro, Carta, 9-I-1978, n. 20.

[10] San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 30-III-1974.

[11] *Ibid.*

[12] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 149.

[13] Don Álvaro, Carta, 1-V-1984.

.....

pdf | Documento generado
automáticamente desde <https://opusdei.org/es-pr/article/carta-del-prelado-mayo-2014/> (28/01/2026)